

EL SÉPTIMO CÍRCULO

MUERTE POR TRIPLICADO

POR
E. C. R. LORAC



El detective Kempson se ve abogado a la ardua tarea de atrapar a un asesino que actúa veloz y despiadadamente. Ocurren tres asesinatos antes de que la policía logre desentrañar el misterio y descubrir la asombrosa verdad. Los lectores habrán también de apelar a sus mejores recursos si desean descubrir al criminal antes de que el autor lo revele en un emocionante final.

A
MRS CHARLOTTE WHITNEY ALLEN, de
Rochester U.S.A., con afecto y agradecimiento.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Si se utilizó el nombre de alguna persona real fue por mera casualidad y cualquier referencia a dicha persona es totalmente involuntaria.

CAPÍTULO PRIMERO

1

–ESTABA loca, por supuesto. En un momento dado se lo dije a ella misma –dijo Anne Wordhead.

El superintendente Kempson la observaba; Mis Wordhead había conseguido hartarlo: hacia una hora que le estaba dando cátedra, y Kempson, desde el punto de vista policial, todavía dudaba de que en todo eso «hubiera algo».

–En una mujer de más de sesenta años, con un buen pasar, una casa agradable y bastante fama en el ambiente literario; el casarse con un aventurero de muy buenos modales, pero nada más, indica pérdida de estabilidad mental –continuó *Miss Wordhead*–. Por supuesto, él se casó por interés; Elizabeth tiene un buen capital muy bien invertido.

–¿El coronel Ryan no tiene dinero?

–El coronel Ryan tiene un regio coche, buena ropa y buenos modales –dijo Anne Wordhead–. Ése es su capital. Reconozco que en cierto sentido es inteligente, tiene una voz agradable y buena presencia, y con eso se ha dicho todo. Ahora, en cuanto a quién es, o de dónde viene, nadie lo sabe ni se lo imagina. Permítame resumir –insistió, e hizo una profunda inspiración preparatoria.

Miss Anne Wordhead, de sesenta y cinco años de edad, vivía en Three Pines cerca de Caterham, Surrey; era alta, gruesa e imponente. Se había abierto camino pasando por el despacho del agente Bates, y por la oficina de denuncias del sargento Wooley, hasta llegar al escritorio del superintendente Kempson. Eso demostraba su osadía; era como un viejo acorazado, uno de esos buques anteriores a la guerra del catorce, de manga ancha y erizado de cañones anticuados.

—Elizabeth es mi hermana menor: siempre he experimentado por ella un sentimiento de responsabilidad —continuó Anne Wordhead—. Nunca aprobé su obstinación por vivir sola en este lugar apartado, tan lejos de su propia familia y de sus innumerables amigos del sur de Inglaterra. Le dije que así no conseguiría nada bueno y tuve razón. Hace un año estuvo en Londres para concurrir a una comida de gente de letras, y allí conoció al coronel Ryan. Nunca llegué a saber quién lo invitó a esa comida; nadie reconocía haberlo hecho. Una semana después, él viajó hacia el norte y llegó a Borons donde visitó a Elizabeth. Supongo que le habrá manifestado ser un gran admirador de sus libros.

Miss Wordhead se interrumpió con un ruido entre estruendo y bufido que a Kempson le recordó a «Itma», y continuó:

—¿Es posible concebir que una mujer inteligente y de cierta edad haya sido embaucada por un charlatán? Admito, por supuesto, que las novelas de Elizabeth no son verdadera literatura: escribe demasiado y demasiado rápido, pero está de moda, e indudablemente ha ganado mucho dinero. Yo, sin embargo, soy historiadora y nuestra hermana Mary es un crítico literario de cierta fama.

—Esas cosas no me incumben —dijo Kempson, pero ella replicó con energía:

—Si quiere enterarse de este asunto sin malentendidos, superintendente, necesita conocer los entretelones. Hace

una hora que me está escuchando y sin embargo ¿debo pensar que usted considera mis manifestaciones, o superficiales, o sin importancia para un policía de su jerarquía?

–Usted ha venido hasta aquí para manifestar que su hermana, *Mrs. Ryan*, ha desaparecido –dijo Kempson, y ella volvió a decir:

–Precisamente. Me alegra haberme explicado con claridad. Considero mi deber exponerle todas las circunstancias, superintendente, y entre esas circunstancias se encuentra el hecho de que usted está tratando con una familia honesta e inteligente. Me refiero, por supuesto, a los *Wordhead*. Ahora bien, volviendo al bosquejo de los acontecimientos, después de visitar a mi hermana en su casa de *Borons* en *Boronsdale*, el coronel *Ryan* alquiló una habitación en el *George Hotel* de *Lowghyll*, el mejor hotel de las inmediaciones de *Borons*. Se quedó allí unos quince días, y tengo entendido que durante ese tiempo llevaba a *Elizabeth* a pasear en su coche a *Higlands*, a la *Isla de Skye* y a otros puntos no menos románticos. El coche es un *Jaguar* y creo que el coronel *Ryan* es un conductor extraordinario. Eso fue en mayo. A mediados del verano se casaron.

–¿Se casaron en *Lowghyll*? –preguntó Kempson.

–No. Supongo que *Elizabeth* tuvo suficiente sentido del humor –o de la vergüenza– como para no presentarse en la iglesia del pueblo como una novia resplandeciente de más de sesenta años. Me asombra que usted no haya oído hablar de ese casamiento, superintendente. Ella es muy conocida en estos lugares y *Fellcaster* es la ciudad más cercana a *Boronsdale*.

–Yo no presto excesiva atención a las noticias locales, señora, pero sin embargo he oído hablar de *Elizabeth Wordhead* y hasta he leído algunos de sus libros.

–Me sorprende –dijo *Anne*, emitiendo una vez más uno de sus resoplidos (esta vez Kempson se dijo: parece una ametralladora)–. Se casaron en *Londres*, en el *Registro*

Civil de St. Marylebone –continuó Anne Wordhead–. Me consta, porque me tomé el trabajo de averiguarlo. Como me parecía que mi hermana había perdido la cabeza no me hubiera sorprendido de nada.

–¿Usted no fue al casamiento? –preguntó Kempson. En ese momento la escuchaba como si Anne Wordhead fuera una de esas artistas que actúan por radio transmitiendo algún drama, y trataba de buscarle el lado cómico del asunto.

–Por la bendita razón de que no me invitaron –replicó Anne–. Como tampoco a mi hermana Mary. No invitaron a nadie. Con eso Elizabeth demostró tener ciertos recelos respecto de esa acción precipitada. No supe nada del casamiento hasta que volvieron de su luna de miel por el exterior. Fueron a Yugoslavia, en el Jaguar por supuesto. En julio ella fue a visitarme. Vi ese magnífico coche frente a mi modesta casa y al salir me encontré con Elizabeth quien me saludaba diciendo: «Anne, quiero presentarte a mi marido, Philip Ryan».

2

–Me imagino que debe haberle causado una emoción muy fuerte, señora –dijo Kempson–, ¿pero qué impresión le hizo el coronel Ryan?

–Dadas las circunstancias era natural que me dominara la desconfianza –dijo Anne–; sin embargo, admito que su aspecto y sus modales eran correctos. Si me disgustó desde el primer momento fue debido a mi capacidad de ver algo más que el aspecto exterior; pero no nos equivoquemos: tenía lo que vulgarmente se dice seducción, aunque yo nunca he sido susceptible a la seducción. Pero dejemos eso.

–Un momento –dijo Kempson–. Me imagino que esa fue la única vez que usted vio a su hermana después del

casamiento. ¿Parecía ser una mujer feliz?

—Estaba radiante —dijo Anne Wordhead con fastidio—. Aparentaba veinte años menos que cualquier otra mujer de su edad preocupada por disimular los años; estaba vestida con cierta extravagancia, pero muy elegante, y su peinado y su cara habían sido tratados por manos expertas. Sí, estaba encantadora, si usted admira esa clase de cosas. Pero no perdamos el tiempo en trivialidades. Volvieron a Borons, donde viven desde hace seis meses; para ser exacta, desde el 25 de marzo. Viven, puedo asegurárselo, a costillas de Elizabeth. Ella es quien paga todo; sin duda usted podrá comprobar la veracidad de esto. Y, como pudieron notarlos los vecinos, a medida que pasaron los meses Elizabeth parecía menos radiante. En el largo y monótono invierno de este clima norteño, indudablemente tuvo mucho tiempo para arrepentirse de su debilidad. Es una vieja historia, superintendente, un cuento que puede referir cualquier idiota...

—¿No volvió a tener más noticias de ella?

—Una que otra tarjeta postal. Ella conocía mi punto de vista; era difícil esperar que nuestras relaciones pudieran continuar como antes. Para Navidad me mandó de regalo una caja de costosas medias de nylon. Nunca las usé. A fines de marzo recibí desde Niza una tarjeta postal. Me decía que ella y su marido estaban haciendo una gira de descanso en automóvil por la Riviera, desde Ventimiglia hasta Rapallo, y luego irían más al norte, hasta los lagos Maggiore, Como, Garda. Reconozco que eso me molestó. Cuando teníamos treinta años, hice un viaje similar con Elizabeth, en forma muy modesta, viajando en tren y deteniéndonos en pensiones baratas. Pero no tiene importancia. A ella, por supuesto, le enloquecía viajar en automóvil; le parecía el colmo de la felicidad que la sacudieran durante todo el día a sesenta o setenta millas por hora. En realidad se podría decir que se casó tanto con el auto como con el marido. Pero me voy por las ramas. La última

noticia que recibí fue desde el lago Garda, del Hotel Splendide en Gardone. Estuvieron allí unos diez días y luego se fueron. Y, que yo sepa, desde que salió del hotel de Gardone, nadie ha vuelto a ver a Elizabeth.

3

—Mi hermana y su marido se fueron del hotel a principios de mayo —continuó Anne Wordhead—. Hacia fines de abril había escrito por avión a Elizabeth, diciéndole que nuestra tía Caroline, la última de su generación, había muerto. Era la madrina de Elizabeth y le dejaba algunas antiguallas. Como albacea, yo tenía que ocuparme de retirar de su domicilio todos los efectos de tía Caroline. No recibí ninguna respuesta a mis cartas: eso era muy extraño, porque Elizabeth siempre ha sido una persona muy considerada, muy formal. A principios de junio yo tenía dispuesto ir a pasar una semana en Lugano con una amiga. A pesar de los gastos e inconvenientes llegué hasta Gardone para encontrarme con que el coronel Ryan y su señora se habían ido sin dejar ninguna dirección.

Miss Wordhead miró al superintendente en forma penetrante.

—Allí fue donde se despertaron mis sospechas —dijo—. Es muy extraño que viajeros responsables no dejen ninguna dirección. Averiguando llegué a saber que una mujer americana de cierta edad, una tal Mrs. Vanderpoel, huésped del hotel Splendide, se había hecho muy amiga de mi hermana. Después de conversar con ella, me quedé todavía más preocupada: me contó que las relaciones entre Elizabeth y su marido eran muy tirantes. En realidad la misma Mrs. Vanderpoel estaba muy preocupada; llegó hasta a decirme que esperaba que mi hermana hubiera abandonado a su marido ya que indudablemente era muy desgraciada.

—¿Y no es posible que eso haya sido exactamente lo que ha hecho *Mrs. Ryan*? —preguntó Kempson.

—Es posible —interrumpió Anne Wordhead, dando a entender por su tono que lo consideraba imposible—. Después de volver a Inglaterra, varias veces traté de ponerme en comunicación con Elizabeth; hasta le escribí a Emma Baydock, la excelente mujer que hace la limpieza en Borons. *Miss Baydock* me contestó que desde principios de mayo no tenía ninguna noticia de mi hermana y estaba muy preocupada. Lo mismo me pasaba a mí. Era algo incomprensible. El 5 de agosto llamé por teléfono a Borons y me contestó el coronel Ryan. Me dijo que Elizabeth había decidido no volver hasta dentro de un mes y que se encontraba en Baden-Baden. Como estaba escribiendo un libro, algunos de cuyos pasajes transcurrían cerca del Rin, se proponía quedarse un tiempo en Baden-Baden, en Boppard y Heidelberg. No podía darme la dirección porque ella viajaba continuamente y no se quedaba mucho tiempo en un mismo lugar.

—Muy posible —dijo Kempson y Anne Wordhead volvió a resoplar.

—Simplemente no lo creo —replicó—. Elizabeth tiene una casa lindísima con un jardín que es la alegría de su corazón. Ningún aficionado a la jardinería abandonaría su jardín durante los meses de verano dejándolo desatendido y librado a los toscos cuidados de Emma Baydock y su hermano. No quiero discutir sobre esto, superintendente. Me imagino que a usted no le gusta la jardinería, y siendo así, todo lo que yo pudiera argumentar al respecto no tendría ningún valor.

—Primero y ante todo soy un policía, señora —dijo Kempson; su voz norteña, lenta y profunda era muy sincera. (Además, era muy buen jardinero, pero eso lo dejó de lado)—, es mi deber escuchar cualquier caso expuesto por una persona responsable y examinar la evidencia de dicho caso a la luz de mi práctica y experiencia, y de acuerdo

con el punto de vista policial. Usted manifiesta que su hermana, *Mrs. Ryan*, de Borons en Boronsdale, ha «desaparecido». Tenemos muchas denuncias de personas desaparecidas y la mayoría de las veces esos casos terminan esclareciéndose porque no han sido más que malos entendidos o carencia de noticias, y en ningún caso se justificaba la intervención policial. A juzgar por todo lo que usted me ha dicho, es un hecho que *Mrs. Ryan* abandonó a su marido, pero eso no es un asunto policial.

—Muy bien; sigo su razonamiento, superintendente — espetó Anne Wordhead—. Le ruego que usted haga lo mismo conmigo. El 25 de agosto viajé hacia el norte; me ubiqué en el George Hotel de Lowghyll y fui a Borons para ver al coronel Ryan. Hacía un mes que vivía allí, solo, y el estado de la casa era desastroso; había conseguido comestibles, provisiones y nafta, cargándolos en las cuentas de mi hermana y los comerciantes del pueblo estaban preocupados. De mala gana me permitió entrar a la casa; parecía descuidado, huidizo y temeroso. Me repitió lo mismo que me había dicho por teléfono: que Elizabeth estaba en Alemania escribiendo un libro. Con motivo del viaje se había atrasado y deseaba estar sola una temporada para concentrarse...

—Y como escritora ¿no diría usted que eso es perfectamente razonable? —le interrumpió Kempson con toda calma.

—Es posible; lo que no considero razonable es que ella oculte su dirección a todo el mundo: ni en su Banco, ni sus editores, ni sus agentes tienen ninguna noticia de su paradero. Tampoco saben nada sus hermanas, ni su marido.

—¿No sería posible, señora, que el marido conociera la dirección y no quisiera darla por haberlo convenido así con su mujer?

En todo el rostro de Anne Wordhead resplandecía la cólera; desde la frente arrugada hasta el doble mentón se extendía una ola de roja indignación.

—¡Lo que me maravilla es que a esos asesinos nunca los encuentren! —barbotó—. Parecería que usted deliberadamente no quisiera interpretar todas las evidencias que le estoy demostrando; pero escúcheme hasta el final. Volví otra vez al norte anteayer, el 18. Me había propuesto llegar al fondo del asunto. Si el coronel Ryan no podía darme ninguna respuesta satisfactoria sobre el paradero de mi hermana, yo llevaría el asunto a la policía. No tuve oportunidad de enfrentarme con el coronel Ryan, superintendente. Se había ido, en su coche por supuesto, sin decir ni una palabra, sin que nadie lo supiera. Debí habérmelo imaginado, es el desenlace lógico.

—¿Le había mencionado al coronel Ryan que usted pensaba informar a la policía, señora?

—Indudablemente. Le dije con toda claridad que llevaría este asunto hasta el final.

—¿Y que contestó él cuando usted mencionó a la policía?

Otra vez enrojeció: sus ojos saltones centelleaban de furia.

—Si quiere saber las palabras exactas, me dijo: «No sea tan estúpida. Elizabeth se pondrá furiosa; usted sabe que odia esa clase de publicidad ficticia». Eso, por supuesto, era una evasiva, superintendente; utilizó ese argumento para que yo no tomara ninguna decisión.

—¿Por casualidad no sugirió nada respecto de la vuelta de su mujer?

—Dijo que ella volvería cuando tuviera ganas. No le puedo explicar en qué forma sentí la impresión de culpabilidad, de temor, de evasión, en cada una de sus declaraciones.

–En cuanto a la acción de la policía en este asunto, le presentaré los hechos al Jefe del Distrito y él decidirá –dijo Kempson–. A mi juicio, los actos del coronel y de *Mrs.* Ryan pueden explicarse por las dificultades que suelen surgir cuando se casan dos personas ya mayores, que son menos adaptables que las parejas jóvenes. ¿*Mrs.* Ryan era soltera cuando se casó con el coronel Ryan?

Anne le echó una mirada despreciativa.

–Indudablemente.

–¿Y el coronel Ryan también?

–Así lo declaró en el acta de matrimonio.

Kempson le dijo después a su mujer que le hubiera gustado darle a Anne una buena conferencia sobre los problemas de las solteras y los solteros ya mayores, que se lanzan al matrimonio por primera vez, cuando tienen más de sesenta años, pero como era un individuo muy prudente dijo solamente:

–Quizás usted podría darme algunos detalles sobre su familia, señora; ¿no son más que tres hermanas?

–Sí, superintendente; Mary, la mayor, vive en Cornwall cerca de Penzance. Tiene muy poca salud y hace un tiempo que casi no sale de su casa, sin embargo, todavía hace algunas críticas literarias. He tenido mucho cuidado de no mencionarle mis temores sobre Elizabeth; se hubiera horrorizado al extremo. Yo vivo, como ya le dije, cerca de Cateham no muy lejos de Londres. Nuestro padre, si le interesa, era el profesor Wordhead, un notable filólogo; las tres nacimos en Oxford pero posteriormente nos mudamos a Londres. Después de la muerte de nuestros padres cada una de nosotras compró una propiedad.

–Ah, sí –murmuró Kempson, más interesado en lo que se traslucía de ese relato que en los meros hechos–, ¿y cuánto tiempo hace que *Mrs.* Ryan vive en Borons?

–Mi hermana compró esa propiedad en 1946 –contestó Anne–. Durante la guerra perdió su casa de Surrey, una

V1 se la derrumbó; sé que en esa época era muy difícil conseguir casa cerca de Londres, pero no puedo comprender por qué se mudó tan lejos, cuando en realidad pudo comprar a buen precio algo bien ubicado en Sussex –ella tembló un poco–. Para mí el norte es repugnante –agregó–. Para los eruditos y los artistas todo lo agradable está en el sur.

Kempson la observaba con esa mirada perspicaz del hombre norteño, pero no hizo ningún comentario al contestar; en cambio preguntó:

–¿Durante la guerra *Mrs.* Ryan hizo algún trabajo especial?

–Manejaba un camión en el W. V. S.^[1] un camión cantina que abastecía al Cuerpo de Observadores y a algunos otros campamentos en las afueras. Cuando pasaba cerca de casa solía ir a visitarme.

–Ah, era chofer. ¿Tenía coche en Borons?

–Sí, por supuesto. Difícilmente hubiera podido vivir allí sin tenerlo; ¿se da cuenta que desde Borons hasta la oficina de correo más próxima hay diez millas y quince hasta cualquier casa que se pueda describir como un negocio, y lo mismo hasta la primera estación de ferrocarril? Para mí es algo completamente desastroso pensar que una mujer nacida y criada en la civilización de las grandes ciudades pueda desterrarse a semejante agujero. Es algo que no puedo comprender.

–Usted encuentra muchas cosas difíciles de comprender en la conducta de su hermana, señora –dijo Kempson con mucho tacto–. Quizás sea esa carencia de comprensión la razón fundamental de su actual inquietud por la ausencia de *Mrs.* Ryan de su casa.

Con una discreta inclinación Anne Wordhead se sujetó; esa fue la palabra de Kempson, una palabra anticuada para una actitud anticuada.

–Respecto de ciertas cosas, superintendente, no puede haber malentendidos. Sé distinguir a un hombre per-